Poemas en una Balanza

Antonio Deltoro

Selección y entrevista de
Francisco José Cruz

Foto: Maramay Herrera Kuri

Antonio Deltoro (Ciudad de México, 1947) ha publicado los siguientes libros de poemas: *Algarabía inorgánica* (La máquina de escribir, 1979), *Los días descalzos* (Vuelta, 1992), incluye *Hacia dónde es aquí* (Penélope, 1984); *Balanza de sombras* (Premio de Poesía Aguascalientes 1996, Joaquín Mortiz, 1997). Es miembro del Sistema Nacional de Creadores y del Consejo de Colaboradores de la revista VUELTA.

PALIMPSESTO
Colección de Poesía

Dirección:
Francisco José Cruz

Secretaria de Dirección:
Rosario Acal

Diseño:
ARTE-FACTO

Edita:
Área de Cultura y Deportes del
Excmo. Ayuntamiento de Carmona

Redacción:
San Juan Grande, 26 - Teléfono y Fax 95 419 04 18
41410 - CARMONA (Sevilla)

Administración:
El Salvador, 2 - Teléfono 95 414 22 00 - Fax 95 414 07 16
41410 - CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:
INGRASEVI, S. L.- Polígono Industrial Brenes, calle F, 58
Teléfono y Fax 95 419 06 89 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

Depósito Legal:
SE - 820 - 1990

© Antonio Deltoro
© De la presente edición: PALIMPSESTO

Poemas en una Balanza

Antonio Deltoro

SELECCIÓN Y ENTREVISTA DE
FRANCISCO JOSÉ CRUZ

PALIMPSESTO

Hacia Dónde es Aquí
(1984)

Jueves

A los amigos del jueves

El jueves amanece a la misma hora que todos los días y
mucho más abierto.
Es tan generoso conmigo que me entra en la mano
caluroso y preciso como una pelota de esponja.
Discreto, como esas cosas que por fuera son nada, a veces
amanece nublado
como si el miércoles no lo anunciara con sus gritos agudos.
Es tan grave, sin duda, que sirve a la sorpresa
caminando tranquilo por las noches del viernes.
Se come a gajos como una mandarina y por las tardes
sabe como una manzana.
En todos los jueves esta presente el jueves, aun hoy que
es martes está presente el jueves.
Se puede caminar los jueves como Cristo en las aguas del
lago Tiberiades
e ir sin pisar jamás ni lunes ni domingo derechito hasta
el jueves.
Sus mañanas están pobladas de aceras, de calles, de
periódicos,
hay gente que las vive miércoles y hay gente que las
vive viernes,
yo las vivo jueves como un viaje intensísimo y largo o
como un sueño que no quiere acabar.
Apenas son las doce y ya he conocido mujeres que me
han llevado al entusiasmo,
la pelota ha golpeado la pared, me ha llenado de vejez
un anciano.
Los jueves el tiempo se detiene, surgen la poesía y los
amigos,

es un día de piernas fuertes y de mirada serena en donde
por las noches transcurren muchas vidas.
Abandono el volante y me voy a volar, es jueves en el
tiempo del mundo,
es jueves en este acantilado sobre esta playa tenue, es
jueves hoy por la mañana, es jueves en los labios del jueves.
En el viaducto blancas paredes conducen al auto por la
noche,
todo tiempo es jueves entre un puente y otro hacia la casa.
El árbol de los jueves es ancho como el tiempo de los
jueves,
los pájaros cubren sus elevadas ramas y surcan el
espacio:
el cielo de los jueves es un archipiélago de islas
alargadas.
Trepar a las primeras ramas de ese árbol es mirar de
cerca la distancia, montar en el asombro,
saber que si un jueves es un tigre, el otro puede ser
volcán y parecerse.
De mañana, cuando el patio se abre suspendido en el
juego,
cuando se entra por fin a la clase de historia,
cuando las tardes estimulan la fuga y se quedan atrás,
olvidados en el aula, los apuntes de química, entre niños
estudiosos y niñas aplicadas
se prepara a lo lejos el partido nocturno.
También los jueves la gente se suicida, pero no es la
misma del lunes o del sábado,
los suicidas del jueves son suicidas serenos, irrevocables,
que se hunden en las aguas del jueves para siempre.

Cables

En línea recta, finísima, viaja por el mundo de un hilo,
se curva en el espacio, en la mano de dios;
paralela a la tierra, fijada por cemento y por madera
pasa la luz.
Los postes sostienen a los hilos estáticos por los que viaja
el milagro.
Entre líneas de luz, rayos de sol, los hilos sutiles de la
araña
atrapan una flor en el aire, cadáveres de moscas y
gusanos.
En el poste de la esquina los cables se bifurcan:
unos van hacia el sur, otros rumbo al oriente.
Sobre las tres líneas, en la longitud, la noche y el día
coexisten.
Separados por idiomas y mares los zapatos de los niños
se columpian,
trazan en el aire su magnífica danza, la incitación al
viaje,
el deseo que cuelga de un hilo balanceándose entre la
tierra y el cielo.
Por esos mismos cables, indiferente y veloz corre la vida.

El camello

A Pablito

Yo no conozco el mar sino por la voz de la caracola y la
de mi amigo que sí conoce el mar.
En un rincón del patio, en medio del barullo del recreo,
inmóviles los pies, viajan los deseos;
apenas si sabemos leer y escribir y ya sabemos ser en
otras partes.
Pronto la campana terminará nuestros sueños y nos
llevará al salón de clases.
Estoy otra vez detrás de la ventana encantado por la
soledad llena de árboles del patio,
una voz que no escucho grita mientras yo salgo corriendo;
sé que me harán bajar pero desde ese árbol quizás veré
las olas.
Yo oí la palabra mar antes de conocer su sonido,
yo vi el mar antes de bañarme en sus aguas,
cuando por fin lo conocí ya lo llevaba: sus aguas
entraron con la arena y el sol;
cada vez que voy a él se ensanchan las palabras.
Antes de saber hablar me llevaron al parque y conocí a
los árboles sin nombre.
Después en el colegio me fugaba de clase hacia el verde
del patio y su silencio.
Con su lomo amarillento y su largo rostro coronado por hojas
el Camello era mi árbol consentido. Demasiado famoso
para ser un escondite,
sólo era mío en el recreo; junto a él, en la voz de mi amigo
oí la voz del mar, y en su nombre, antes de conocer al
animal vislumbré el desierto.

Domingo

Me siento solo como un dedo al que le faltara mano.
El domingo es un híbrido, un animal con pies de sábado
y cabeza de lunes,
tierra de nadie que respira aburrimiento, comidas
familiares.
Es un juego de cartas donde no se arriesga, música con
sordina, sobremesa.
El domingo es anacrónico, corre despacio por miedo al
despeñadero,
al infarto del lunes, al infierno: en el domingo los
audaces se juegan más que la semana.
El domingo es un día por decreto oficial, un falso día.
El domingo amanece tarde y anochece temprano, es un
crepúsculo precoz, entre paredes, pesado.

Martes

Desde este martes decido dejar el deber de los martes a
un lado,
torcerle el cuello al día, desde este martes abandono los
martes:
el absurdo mezquino, el ver por todos lados lo ya visto; la
muerte utilitaria.
Hoy me asalta ese animal que nos llega de pronto,
me ensancha el horizonte, bogo por lo estupendo,
me traga lo inverosímil, tengo un ojo con alas,
una boca catedral, un oído expansivo, hoy me asombra el
perro,
el gato entre las ramas, el corazón que late,
el papel, la pluma que escribe lo que quiere, la libertad,
el teléfono...
tengo que salir, sonará, no podré mentir, tendré que dar
disculpas, diré que estoy enfermo.
Hoy es martes con cachitos de jueves como esas faldas
negras con cenefas azules,
hoy es martes y el sol me dice sábado, hoy es martes y
las dos de la tarde y el trabajo pendiente.

Los paisajes hundidos

Me introduzco con astuta pericia en la imagen honesta
y desarmada,
sonrío y doy los buenos días, me conmuevo.
Soy como todos, alguien al que domesticaron
generaciones enteras:
la cuchara que reposa sobre el mantel a cuadros.
No soy ni un águila, ni un tigre, ni una coralillo,
aunque a veces salto fuera de lo humano.
Entre escarabajos y gallinas, hombres y piedras me he
buscado,
en la frontera de la calle y la maleza,
del vidrio de botella con la arena,
de la rata de ciudad con la de campo.
Ignoro a qué orden pertenezco.
Busco en el asfalto el cielo y oigo por debajo de la acera
el impotente crecimiento de la hierba, el agua perdida
en oscuras acequias, las voces mordidas por las ratas,
los temblores que harán surgir los paisajes hundidos.
Por la noche, en el constante penduleo del insomnio,
acompaño a los perros en su viaje quimérico hacia el
lobo,
y con ellos me encuentro entre la luna y el hombre.

1982

¿Soy yo el que está hablando
en este año de 1919?
Vicente Huidobro. *Altazor.*

Repartamos los bienes: para mí las vacas flacas
(yo haré con sus huesos y sus cueros una canoa).
Estar lleno de ojos ya no es ver el futuro, es sentir los
árboles en la noche.
La seguridad del no saber, el asombro que salta como
gato en la carretera,
el misterio que se desliza todavía están aquí. La
esperanza se quedó en 1919.
¿Yo espero como todos cuando te sueño a ti en mi canoa
a solas?
Sé que viajar es una forma de espera; te encontraré en el
río, te daré un remo y que la sorpresa nos encuentre
juntos.
Las aguas y los remos me llevan; cuando atraco me
entretengo con historias de viaje
en las que montruos y princesas sorprenden al viajero,
los ruidos y misterios me llenan más que la esperanza:
en sus aguas me sumerjo.
¿Qué es la esperanza sino un ahorro, una tumba pagada
de antemano,
una vieja vestida de tul a la que el novio dejó?
La esperanza dejó la juventud en 1919.
¿Soy yo el que está hablando en este año de 1982?
No existen ya ni paracaídas, ni motores que enciendan
auroras,
ni aeroplanos como banderas, ni futuros; el futuro se
estrecha,
la canoa y el río de siempre se agitan en el desfiladero;
más allá está el mar. Las aguas se hunden debajo de la
tierra.

Los Días Descalzos
(1992)

Viaje

Sentada ya a la mesa
me espera la familia:
cuadra a cuadra se mezclan
el placer agridulce
de llegar con retraso
y el temor del regaño.
De la escuela a la casa
me libera el camino,
lo prolongo extraviándome;
hago larga la ruta
jugando con los otros,
me subo a los camiones
que van por otros rumbos.
Después de encaminar a mis amigos
me regreso yo solo;
entonces voy contando
las líneas de la acera,
un perro me distrae, miro un kiosco.
En el camión fatal
que me acerca a la casa,
las risas y uniformes
de un colegio de niñas
son como otro camión
que me lleva en su viaje:
aplazan las tareas
que entristecen mis tardes,
dilatan los segundos,
multiplican las calles.

Fútbol

Entre la multitud que se agita como un bosque
encantado,
libres del deber, por el gusto del pasto, en la delicia de
ver rodar,
de sentir cómo nace del pie la precisión que en la vida
normal le arrebató la mano,
estamos reunidos hoy en este campo donde no crece ni la
cebada ni el trigo;
somos el coro que lamenta y que festeja,
el suspiro que acompaña al balón cuando pasa de largo y
el grito entre las redes.
Nació la pelota con una piedra o con la vejiga hinchada
de una presa abatida.
No la inventó un anciano, ni una mujer, ni un niño;
la inventó la tribu en la celebración, en el descanso, en
el claro del bosque.
Contra el hacer, contra la dictadura de la mano,
yo canto al pie emancipado por el balón y el césped,
al pie que se despierta de su servil letargo,
a la pierna artesana que vestida de gala va de fiesta,
al corazón del pie, a su cabeza, a su vuelo aliado de
Mercurio,
a su naturaleza liberada del tubérculo;
a cada hueso de los dos pies, a sus diez dedos
que atrapan habilidades hace milenios olvidadas en las
ramas de los árboles.
Yo canto a los pies que fatigados de trabajar las sierras
llegaron al llano e inventaron el fútbol.

Perros

Antes de las puertas,
cuando el hombre acampaba
a la intemperie,
el ladrido de los perros
era el verdadero umbral.

Gracias al sueño intermitente
de estos animales fronterizos,
los hombres podían dormir tranquilos.
En estos sueños prolongados
fueron explorando territorios.

Los perros fueron a un tiempo
padres de los sueños más distantes
y nuestra primera siembra:
lobos y chacales atraídos
por los huesos y el fuego;
una valla y un puente
con el mundo animal.

Hoy los perros sin dueño
caminan por la noche;
sus aullidos inventan
nuevos rumbos,
recorren los suburbios,
amplían la ciudad.

Gatos

Gatos como una rendija, como la nieve silenciosa,
como las llamas que se untan a los troncos de una
chimenea;
gatos alargados cruzando los pasillos,
gatos gordos, cebados, castrados, opulentos,
gatos de vieja solterona con los años pegados al pelo,
indolentes gatos que viajan en sillones desfondados los
sueños de opio de su especie,
gatos cazando lagartijas en un lento jardín en
Cuernavaca,
gatos y gatos por el tiempo.

Los gatos surgen del humo y de la niebla,
de la movilidad silenciosa y aceitada;
el terror que nos producen sus peleas, sus reclamos
amorosos,
nos viene de su silencio previo, de su elegancia.

Abren sus ojos somnolientos y nos miran desde su fondo
de topacio,
su piel tan suave y tan mullida nos habla de placeres
dormidos, lentos y cómodos,
de pronto eléctricos y súbitos se transforman
como si un dibujo chino empezara a gritar y a
desgajarse.

Glorieta

El silencio siempre sorprende.
Es una cosa insólita, que tiene
una punta de misterio.
Josep Pla

En la glorieta los pájaros escuchan
alrededor de sus cantos el estruendo del tránsito,
debajo de sus cantos la segadora del pasto,
en el horizonte de sus cantos los cantos de otras especies;
en los árboles es extraño el silencio,
se oyen rezos en diferentes lenguas,
una rama puede ser Jerusalén, otra La Meca,
este fresno es, probablemente, catedral de gorriones y
tórtolas.
Desde la banca los oigo
hasta que en un paréntesis del tráfico calla la segadora;
los pájaros sorprendidos interrumpen su algarabía:
yo imagino en el frágil silencio este poema,
antes de que se pongan en verde semáforos distantes,
funcione la segadora y los pájaros se repongan de su
sorpresa.

Alcantarillas

No sé por qué las hierbas buscan a las alcantarillas.
Tal vez porque en su modestia
de misterio sencillo dejado en el asfalto
se parecen a las corcholatas.
En el silencio dilatado del domingo,
cuando el barrio se expande hasta las calles del centro,
se oye un rumor de acequia
que sale de la boca negra de las alcantarillas,
ese rumor es amarillo, es de sol y es de domingo.
Adentro las ratas se multiplican haciendo su trabajo
y en los subsuelos circulan ríos de mierda como todos los días,
mientras afuera los niños y los globos.
Entre semana el ruido de los coches apaga el sonido del agua
y las alcantarillas reservan su voz para la noche;
por sus bocas de sirena negra,
voces de agua nos conducen suavemente a escenas pastoriles,
mientras abajo un mundo ciego y húmedo discurre.

Restorán

La algarabía de voces y cubiertos, los trajes oscuros y
las joyas:
aquí viene la gente a comer entre manteles blancos;
hay una fuente de piedra y en el extremo,
antes del pasillo que conduce a los baños,
las truchas en la pecera, excepcionalmente vivas,
nadando, concentradas, indiferentes en sus pieles que
reflejan los focos.
Con la misma celestial ignorancia me gustaría vivir,
pero ya no soy tan joven y nunca he sido tan silencioso y
tan ágil.
Las aguas de la pecera limpias y artificiales
son, en el ondulante sosiego de las truchas, oscuras,
musgosas, asiáticas;
dentro del barullo de meseros y comensales
miro el silencio próximo pero inalcanzable donde nadan
las truchas.
De regreso a la mesa el sabor de la carne
disuelve el delicado silencio de las truchas:
imagino su voracidad cuando fuera de horas de servicio
meseros descamisados, sin uniforme y sin modales,
arrojen a la pecera las sobras que los clientes dejen.

Anciano

Duermes por las mañanas
más tranquilo,
ya se ha ido la noche.
Tus huesos humedecidos
reciben el sol,
en tus párpados danza la luz
su música amarilla.
En todo rayo de sol
que encuentras te sumerges.
El tiempo te tambalea;
tocas el calor en el bastón
y en los recuerdos.
Los meses son los espacios
donde juegan los niños;
el tiempo es para ti
una sala de espera.
El sol a cuatro patas
como un niño gateando
se entretiene en la hierba.

La casa vendida

Vendimos la casa
y entró en nuestros sueños;
empezó a transformarse,
a variar de ubicación,
a ocupar calles desconocidas,
a ahondarse como un pozo,
a poblarse como un hospital.
Nos remuerde la casa vendida,
el jardín, la biblioteca,
los árboles, las duelas,
todo lo que quisimos
se queja, nos reclama.
Sólo en la decadencia
se vende una casa;
con la casa vendida
se multiplicaron en nuestros sueños
las escaleras, las puertas, los abismos.

Sobremesa

A Conrado Tostado

Sobre el mantel manchado
decae la conversación.
El calor del verano,
como un idioma extranjero,
nos extravía.
En el fondo de una taza
se reflejan unas nubes
y unas hojas de higuera.
En medio del sopor,
en voz alta, alguien compara
la taza de café
con otros espejos negros:
un pozo y un charco;
arriban se abrazan
sin confundirse
los humos del puro y del cigarro,
abajo sus cenizas se mezclan.
Cerca de la caricia humana
un gato duerme,
su postura apacible,
rima con la sobremesa.

Balanza de Sombras
(1997)

De mañana

Hay peces solitarios que necesitan
mucho espacio para vivir,
un alrededor vacío
por el cual desplazarse.

No son carniceros
como el tiburón
que se mueve buscando.

Comedores de peces invisibles
o de plantas pequeñísimas
su apetito es la inmensidad
del océano,
el azul despoblado.

Nadan en profundidades oscuras
o en aguas claras pero difíciles;
pasan de unas a otras;
no conocen las tardes.

Así quisiera vivir
lejos de tardes preocupadas
y de ceño fruncido:
las tardes son dagas
de puntas oscuras
y de filos naranjas.

Por la tarde sabré de los demás,
leeré la prensa matutina,
recibiré llamadas telefónicas:
vivir en esas horas estrechas
es poblarse:
las mañanas son animales
o divinas, las tardes humanas.

Pensaré y creceré
camino del crepúsculo:
Adán se fue del paraíso,
cruzó el umbral del medio día:
mordió la manzana de la tarde.

Vecinos

En el piso de abajo el sufrimiento se extiende como el polvo,
resbala por los mosaicos, araña las paredes,
se escuchan gritos, lloros, los vecinos pelean.
Descanso en los puntos suspensivos del polvo que danza con la
luz y oigo un concierto;
me distraigo del dolor que me rodea
en el regazo de la luz que se trenza con el polvo:
en el piso de abajo, entre el sufrimiento, ¿el polvo juega
con la luz?
Departamentos: el suelo de uno es el reverso del techo de
otro,
las patas robustas de un sillón dejan caer su bovino sopor
en el envés de donde cuelga una lámpara.
Contigüidades, promiscuidades, distancias...
mientras yo escucho a Mozart los vecinos pelean:
imagino a Mozart y a su vecino; mientras uno compone
el otro se desgarra o vegeta ignorando
que a sus pies nace un manatial de vigilia:
¿Es el pesado sillón que desconoce la agilidad de la lámpara?
¿Quién sabe del vecino de Mozart?
¿Qué sabe el vecino de Mozart?
¿Qué sabe Mozart de su vecino?
(A la intemperie somos lo que el prójimo quiere,
a salvo de sus miradas, creaciones de las paredes.)
Departamentos: el tiempo que los acoje se llama mientras
y en este mientras cuántos tiempos diversos conviven.
Yo trato de escapar del tiempo de mis vecinos
concentrándome
en la maravilla menuda del polvo y en la danza de notas.

Departamentos: como las aceras de una calle,
paralelas y opuestas, uno en la luz, otro en la sombra.
Una noche sufrí interminablemente
mientras en el piso de abajo todo dormía.

A LÁPIZ

A Luis Ignacio Helguera

En lo profundo, con el sarampión, con las paperas, la modestia del lápiz: su cualidad para seguir los trazos frágiles; su calidad delgada para saber acompañar. El lápiz es un ser que para hacer se deshace, coherente con sus extremos de goma y de grafito, con su destino de viruta, con su trazo gris sobre el blanco. Pero a lápiz también se pueden escribir montañas, mares, catedrales; el lápiz no sólo es hábil con las vocales débiles, sino también traza la u, los grandes huecos, los abismos mayúsculos, la temperatura de la t; no solamente salen de él las comas, sus pequeñas discípulas y amigas, sino signos más radicales y robustos: los dos puntos.

El lápiz, un triste lápiz de infancia, achatado y mordido, no uno puntiagudo, recién afilado, sino uno de esos que me prestaban los amigos, un lápiz al que se le tiene que humedecer la punta para que escriba casi al borde, un lápiz que pide sacapuntas, que ya conoce el destino, capaz de suicidarse, puede aún vivir momentos vigorosos y a la naturalidad de una rosa oponerle la excentricidad de una granada.

La conciencia del tiempo me la dio por primera vez la distancia entre un lápiz orondo de goma militar y otro entrañable, cansado, sucio, plebeyo, cacarizo. A ese lápiz minúsculo asocié la vejez y la bondad de la maestra Teresa: frágil, hábil en el desaparecer, fabuladora, rica de letras y de cuentos.

Los tímidos

A Javier

A veces prefiero la llama de la hornilla en la estufa a un
resplandor de fuego.
Los tímidos se ocultan en la niebla
pero quieren el sol solitario de una banca tranquila.
¿Dónde, en qué lugar, está su timidez más reposada?
¿En los jardines invernales o en los parques de abril?
¿Cuál es el mes de los tímidos? ¿Cuál es su hora?
Me atraen las costumbres de los tímidos,
su pisar cuidadoso, su introducirse con el cuello crispado,
su descanso a la sombra de las miradas del prójimo, su
pulcritud, su nerviosismo.
El tiempo de los hombres no vence el rubor de los tímidos.
Tropiezan por delicadeza, porque sienten todo vivo, por
exceso de escrúpulos.
Porque están enamorados del rigor son inseguros;
son los exploradores de perfil de los centímetros.
Ante las puertas pierden su escaso aplomo,
ellos son la conciencia de los umbrales y las fronteras.
Boquean su silencio como los peces en la superficie de un
estanque el oxígeno
y su lengua es un anzuelo de incandescencia y pudor.
Permanecen en la infancia y en la adolescencia;
a su delicadeza no la mella la edad;
de ancianos pueden sonrojarse ante su propia muerte;
lo mismo que lo hacen, a pesar de sus canas,
ante la presencia de un extraño o de una mirada femenina.

Javier

Afuera hay otros, no siempre silenciosos y a menudo molestos.
Aunque no los conozcamos, aunque vivan en el extremo
opuesto,
aunque estén a punto de morir, son nuestros contemporáneos;
no importa que sea de noche allá, cuando aquí es de día;
lejanos, muy lejanos, comparten con nosotros la vida:
vamos girando a través del espacio;
nos atan hilos invisibles, pero son nuestros contemporáneos,
comparten con nosotros las horas, los minutos, los días;
están tan vivos como nosotros y tan provisionales;
más próximos por ello, que nuestros muertos más próximos,
no son nuestros y no tienen desde aquí
ni rostro, ni voz, ni nombre y son nuestros contemporáneos;
cuántos daría de estos anónimos y desconocidos
para que estuviera aún vivo Javier;
pero ellos también, aunque no los conozca,
tienen piel y ojos, nombre y boca
y un Javier por el que darían muchos como yo: anónimos y
desconocidos.

Pájaros

Con oídos pedestres y añorantes
oigo los cantos de los pájaros,
cantos para oídos que igualan,
en el reino del oído, el olfato del lobo
y veo a las aves de agudísima vista panorámica con ojos
deseosos.

Pájaros de las rocas de garganta áspera
que chillan a las olas en borrasca;
pájaros que cantan en las ramas,
más agradecidos al verde que al azul,
pájaros sonoros de jardín
que vuelan debajo de los pájaros mudos
de las grandes distancias.

Aves con ojos migrantes que abarcan,
al frente y a los lados, todas las estrella;
aves huidoras del invierno
que reúnen en sus alas los dos hemisferios.

Aves de alas silenciosas diseñadas
para que a unos centímetros de su oído su aleteo no se oiga.
Aves de huesos huecos,
de alas preparadas para las corrientes de aire,
la música de viento y lo ligero.
Instrumentos de aire en el aire,
no sólo porque cantan, porque vuelan,
aves admiradas con las alas abiertas.

Miro los pájaros allá arriba,
los miro con mis ojos terrestres y frontales;
los pájaros no me miran, miran su vuelo,
su vuelo en bandadas que emigran.
Para volar en bandadas tienen a los lados los ojos
y para descubrir dentro del arco de su gran angular un
posible enemigo.

Los pájaros tienen los ojos donde nosotros los oídos
y los oídos bajo plumas voladoras.
Los pájaros escuchan mundos de aire
que no oyen los oídos prominentes, desnudos,
los oídos peatones de aquí abajo.
Los ojos de los pájaros rozan la humedad de la altura.
Los oídos de los pájaros oyen las raíces de la lluvia.

Esta Luz

A Anela

En el fondo del patio se serenan
el helecho, la hierba, el moscardón
que hace seis horas era el calor y la energía sorda.
Descansa la luz de todo el día
alrededor de los objetos, fuera del lustre,
ausente del vigor, tranquila.
Descansa la luz de sí misma en la tarde
y da a lo que roza una dignidad dorada y enfermiza.
La luz descansa en la luz
y adopta una calidad de baño de oro y de madera.
El gato prefiere esta luz,
se esconde el cazador mejor en esta luz,
pero a mí me gusta el vigor y el moscardón zumbando.
Esta luz es la antesala de la otra,
que es la antesala de la otra,
que es la antesala de la noche.
La luz del mediodía es ella misma.
En esta luz de las seis hay una que contiene
el hilo de seda que ahorcará a este día.
Yo desconfío de esta luz que como el gato
se mueve hermosa y lentamente.

Inéditos

Humo

Si el mundo fuera presa de las llamas se podrían diferenciar las cosas por su humo.

Heráclito

Como el tronco y las ramas,
leve criatura alada,
sombra,
alma del fuego,
humo,
tiendes al cielo,
tiendes a un cielo
más alto que las ramas.

Afuera está lloviendo
pero sé que la lluvia
no te moja
ni detiene tu ascenso.

Nuestros ojos se van
con el fuego y el sueño,
nuestras pieles se enroscan
y se quedan adentro.

Las llamas se deslizan
hacia arriba.

El árbol, ser de un solo pie,
se adelantó:
ya es humo y es ceniza.
el árbol que crecía

entre el suelo y la copa
ya tiene su medida.

Todos los ríos
van al mar,
todos los humos
al cielo.

Cada cosa su fuego
y su humo,
cada quien su incendio.

Cada cosa su ruina
y su polvo,
cada quien su tristeza
y desmoronamiento.

Cada llama su fuerza
y su melancolía,
cada humo su estatura
y su tiempo.

El quieto

Tan existente como los adoloridos o los estruendosos
el quieto se tiende, cierra los ojos;
sabe que en el día puede haber islas nuevas.
Se despierta en la ausencia de los nombres con la lengua
dormida,
deja que los peces de las cosas y los peces de los nombres
se atraigan lentamente.
Sus islas son un tiempo rodeado por otro,
puntas de verde eternidad inesperada,
islas de aguas transparentes en aguas turbulentas,
horas que queremos muy quietas
rodeadas por otras que merecen pasar.

A sus ojos la hornilla de la estufa es una fuente íntima,
gotas de fuego azul envueltas en fuego azul,
gotas de un azul más intenso
que el azul más intenso de las aguas del mar.

Mira una nube, se tiende envuelta en alto olvido en el azul
del cielo,
es tan alta su calma que parece que ahí estuvo siempre
y que ahí siempre estará.
Su destino es flotar, hija del agua invisible que discreta
ascendió,
lo mismo que a él la deshará el tiempo
y sin embargo quisiera tomar de ella lecciones de eternidad.

¿Como escucha el viento, más allá de sí mismo, a los árboles,
a los árboles quietos?

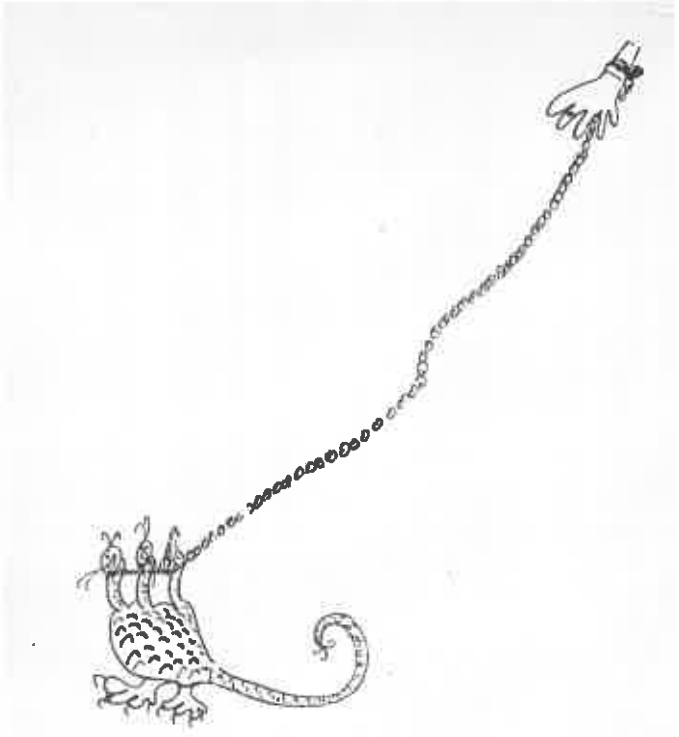
Al quieto le interesan más los oídos del aire que el viento,
su voz.
Su mundo pertenece a la sonrisa de las cosas,
no a la carcajada ni a la risa.
Si la carcajada salta y la risa baila,
la sonrisa se extiende como una hamaca desde el norte hasta
el sur.

Toma una piña y sube desde el nivel del mar a las montañas,
desde unos centímetros encima de la hierba a las copas de los
pinos.
Va de lo barroco a lo gótico, de lo blando a lo duro,
de la concéntrica humedad a lo seco y enjuto,
de las tetas suculentas y estruendosas de la piña tropical
a los múltiples pechos, sobrios, duros, silenciosos, de la piña
del pino:
se mueve unos pasos en el terreno de las formas
y viaja en la materia a las antípodas.

Hay una inmovilidad oscura y otra acechante y delgada,
hay una soñadora y otra matemática:
el quieto las cata todas;
el quieto es un gourmet de la quietud.
Le gusta estar de planta en cada cosa,
pero a veces, para mantener su inmovilidad bien aceitada,
tiene que moverse como el cocodrilo de prisa
o llenar como el halcón en el aire o el patinador en el hielo
de inmovilidad el movimiento.
Abre la boca el quieto y degusta la prisa lentamente.
El quieto no tiene oficio.
En el espacio le bastan cuatro palmos de tierra
y en el tiempo, en su tiempo, lo inmóvil y lo inmenso son
lo mismo.

El quieto es un longevo desde niño.

Desea únicamente el agua en la piel y en la garganta,
la tierra debajo de los pies.
Al fuego, nuestro padre tronante, nuestro verdugo máximo,
solo le pide un sol lejano y una hornilla encendida.
No lo aplastarán el tiempo y los achaques,
el prójimo y la mezquindad
mientras exista algo blanco y azul sobre sus hombros,
vapor o aire, mientras exista algo blanco y azul ante sus ojos.



(Editorial Universo)

ALGUNAS PREGUNTAS
A
ANTONIO DELTORO

– Tu poesía, sin ser hedonista, nos transmite un cálido gozo de vivir, un júbilo primordial por estar vivo y por sentir vivo a todo. Sin embargo, en esta visión generosa del mundo, tanto tiene que ver la inocencia como la lucidez. El asombro expresado en tus poemas brota de la decisión de dejar que la realidad entre en uno y no uno en la realidad. De ahí que el pensamiento se adapte a ella y no al revés. ¿Es en tu caso la lucidez una voluntaria predisposición a dejarse sorprender? ¿Qué añade el pensamiento a la inocencia? A estas alturas de la historia del hombre, ¿puede uno asombrase sin recurrir a una especie de ingenuidad deliberada?

– En los ojos desmesurados del pasmo, en esta interrupción, en este silencio, hay ya una pregunta. De esta pregunta nace la lucidez del inocente. La lucidez del asombrado consiste en una doble operación: en mantener vivo el asombro y en recoger los frutos que el asombro sembró. No creo que el asombro sea más abundante o legítimo en unas épocas que en otras. Pienso que hoy nos podemos asombrar de las mismas cosas que ayer, si poseemos esta capacidad; el que se asombra no sólo lo hace con el pensamiento sino también con las vísceras y el corazón; el asombro abre su ser a otra realidad que es más intensa y verdaderamente ésta. Después, todo propende a dejar que el asombro se disuelva; sólo algunas veces el asombro crea un hueco permanente, que ninguna respuesta, que ninguna costumbre, cerrará. El asombro no estriba tan sólo en vivir lo que hemos vivido toda la vida como si fuera la primera vez, sino también en vivir la repetición, lúcida y conscientemente, como un milagro, como un resplandor.

Hay dos extremos del asombro: uno es el súbito, el puntiagudo, pariente del susto y de la sorpresa; el otro es el estático, el pausado, el lento; tiene que ver con la admiración y el pasmo; está más en relación con el tender la red y la espera, sin saber qué se pescará, que con lanzar el arpón. El que pesca con arpón tiene que tener puntería, saber a qué le apunta. El asombro del que nace mi poesía es el lento, el de la boca abierta y no el del corazón agitado.

La palabra inocencia deriva de la palabra nocivo; el inocente es el que no es nocivo, en cierto sentido el inocente es el bueno. Quisiera continuar esta larga respuesta a tu pregunta citando a un bueno: Antonio Machado en la persona de Juan de Mairena: "Hay que tener los ojos abiertos para ver las cosas como son; aún más abiertos para verlas otras de lo que son; más abiertos todavía para verlas mejores de lo que son".

En la introducción a *Maravilla del mundo*, compilación de textos de fray Luis de Granada, Pedro Salinas hace un elogio del pasmado y lo compara con el listo: "Y por estar siempre de ida, rápida –conocimiento superficial– a algo y de vuelta de ese algo, viene a resultar que el listo no está de planta en cosa alguna y es a modo de correveidile y averigualotodo, que se pasa la vida escrutando con la mirada o el microscopio en los misterios para no creerlos, para no caer en el pasmo y no ser un pasmado. Su afán de precisión cognoscitiva le embota los filos de la admiración". Antes, Pedro Salinas cita unas frases de fray Luis de Granada en donde habla del pavo real: "Es la hermosura desta ave digna de grande admiración; más la costumbre de cada día quita a las cosas grandes su debida admiración. Porque los hombres de poco saber, no se maravillan de las cosas grandes, sino de las nuevas y raras".

– Esta disponibilidad hace que tus poemas acojan experiencias muy distintas entre sí, siendo el tono y la manera de vivirlas en el poema los que las acercan unas a otras, hasta poner en relación, dentro de un mismo poema, experiencias diversas que se iluminan mutuamente, como en "De mañana", donde la parte inicial, que habla de peces no sólo ilustra al resto, sino que tiene en sí misma la vibración de una vivencia. Háblame del sentido de la disponibilidad.

– La mañana es el tiempo de los animales y de los dioses y de esta criatura intermedia que comparte ambas naturalezas: el niño. La tarde, en cambio, es el tiempo de la conciencia de los hombres, de los adultos, de los enfermos de tiempo. A veces siento que en la mañana somos propietarios del tiempo, por las tardes siento que somos como esos inquilinos que saben que se les vence el contrato.

Desde muy pequeño sentía lo anterior; por las tardes me deprimía y solía preguntar a los mayores por la edad madura y la muerte; casi me convertía en un anciano precoz contagiado por la caída del sol.

El poema al que te refieres en tu pregunta, "De mañana", así como casi todo *Balanza de sombras*, mi libro más reciente, surge de este contraste entre el olvido del tiempo y la conciencia de éste; entre la mañana y la tarde; entre la disponibilidad, prácticamente absoluta, matutina, de un ocio profundo y avispado, pero no dirigido, y el trabajo. El poema me llevaba años rondando: había tirado la red a las horas de la mañana y de la tarde y casi me había olvidado, cuando de pronto en una mañana agitada, llena de compromisos y personas, tuve la visión de una mañana desierta, submarina, silenciosa, sin nada más que un pez separado de los otros por distancias oceánicas, nadando, disfrutando el vacío. La segunda parte me

vino por añadidura. A veces escribir poesía más que un trabajo es, como bien dices en mi caso, una disponibilidad; un colocarse en cierta posición para alcanzar un estado, apenas separado del cotidiano; una "normalidad aguda" como dice Guillén: como el niño que sale a la calle y no sabe qué juego lo encontrará.

– Tu poesía es extraordinariamente material, llena de relieves, de matices, reflejos y ecos. Cada poema crea un espacio hecho de imágenes, que se ven, se oyen y se tocan. ¿Esta plasticidad –muy lejos del empalago descriptivo– nos está invitando a recuperar una relación más cordial con el lenguaje y superar así la desconfianza a que parte de la poesía moderna lo ha sometido, sospechando de su validez para expresar el mundo? ¿Podría ser una de las tareas de la poesía del próximo inicio de milenio aliarse de modo más incondicional con la palabra?

– La poesía nace del trecho de la realidad despalabrado, silencioso, mudo y, en los espacios finales de cada verso y con más vigor, al final de cada poema, vuelve a él. Siempre, incluso en los poetas más materiales y confiados o en las formas más próximas a la prosa, como el versículo, está presente este vacío. La poesía logra la hazaña de mentar con palabras lo que no tiene palabras hechas para ser mentado, por eso siempre es un hacer, un crear, ya que el poema es una excepción que logra darle voz a una realidad no verbal. Es natural, pues, que la pluma tiemble ante el papel en blanco. En todo poeta hay este vértigo ante el vacío. Al mismo tiempo, hay una atracción irrechazable y poderosa, tanto por las palabras como por el mundo; de pronto se siente que son la misma cosa, que se funden inseparablemente: estos momentos pertenecen, como habitantes de siempre y para siempre, al poema. La desconfianza predomi-

nantemente intelectual ante el lenguaje, a veces juguetona, pero también visceral y afectiva, pudo ser fértil en los primeros años del siglo: se pudieron hacer cuadros y poemas basados en el abismo que separa el lenguaje del mundo y en la vaguedad de este último; después, poco a poco, se volvió una pose, una moda, una academia, el simulacro de una lucidez. Creo que en los próximos años se agudizará la sensación de catástrofe, de vivir el final de los tiempos, y la desconfianza en la palabra y en el mundo dejará de ser una pose. Esto volverá más necesario y más escaso la existencia de tierra firme, de una poesía material y afectiva, que recalque lo que Einstein decía, ese milagro que supone la correspondencia entre el lenguaje del universo y el de hombre.

Sí, mi poesía no sólo invita a recuperar una relación más cordial con el lenguaje, sino que nace de la simpatía por éste. Una de las tareas sería ésta: aliarse de un modo más incondicional con la palabra, devolverle frescura y naturalidad; pero que no excluya otras tareas y sobre todo otras actitudes: si un poeta es capaz de afrontar este vacío y llenar su lenguaje del mismo, logrará, paradójicamente, hacer lo de siempre de nuevo; hacer poesía: poner en contacto la palabra con lo que no tiene palabras y creará, por otro camino, por descorazonador que éste sea, un poco de humanidad en el vacío.

– A pesar del despliegue de imágenes y de una amplia visión apoyada en el versículo, siento que tu poesía surge de un centro de intimidad, intimidad de la que se contagia el mundo de fuera. Cada poema es un puente por el que se cruzan lo exterior y lo interior y en un punto se encuentran. ¿Se podría situar tu poesía en este punto de coincidencia de dos corrientes tan mexicanas: una expansiva, rica en imágenes y otra pudorosa, recogida, que habla en voz baja?

– Sí, creo que, efectivamente, toda mi vida he intentado hacer una poesía que en forma íntima y cada día en voz más baja acoja la maravilla del mundo. Soy un habitante de la altiplanicie mexicana enamorado del trópico y un lector que frecuenta ambas corrientes. Aunque dentro de la poesía mexicana, con la excepción de Pellicer, que entra de lleno en la corriente expansiva y de Paz, inclasificable desde este punto de vista, mis lecturas se inclinan hacia la corriente pudorosa e íntima. En cambio, en la poesía latinoamericana leo pendularmente a Huidobro y a Vallejo, a Neruda y a Borges, a Lezama y a Eliseo Diego, a Gonzalo Rojas y a Roberto Juarroz.

Mis versos me parecen, a veces, largos puentes entre la intimidad y la intemperie, por los que dialogan seres y cosas de ambas orillas y que, como todos los puentes, no pertenecen por entero a ninguno de los extremos. Con frecuencia pienso que se asemejan a un sueño recurrente: un río tropical ancho y caudaloso que penetra por mi ciudad inundando sus calles. En él se alían mi naturaleza matutina con la vespertina, la intempérica e iluminada, con la cargada de tiempo, de habitaciones, y de ciudad; mi timidez con mi apetito voraz. Adelantándome un poco a tu pregunta siguiente: creo que en este río, en donde se pierden los límites entre lo interior y lo exterior está la matriz de mis versos. Vivo en una ciudad edificada sobre un lago, en la que los ríos que nutrían a éste, todavía corren enterrados por sus calles y avenidas. En época de lluvias reviven y los oigo debajo de la cama, entre los sueños, entonces mis versos se ensanchan y se alargan contagiados por tanta abundancia y humedad; en época de secas se encogen, sobreviven afónicos, sedientos, pero se hacen menos sustanciales y más esenciales: fluctúo entre el idioma del río y la jerga del arroyo.

– Salvo cuando el tema lo requiere por causa de tanteo o sigilo, tu cauce expresivo habitual es el versículo relajado que tiende hacia la prosa. ¿Que función tiene el oído en tu escritura y como concibes la organización formal en una poesía tan abierta, tan libre en apariencia de sujeciones dadas por una tradición?

– El versículo es, quizá, la forma literaria más primitiva y tribal, la más religiosa y civil, la menos pura, entre el verso y la prosa, comparte con el verso lo lírico o lo épico; con la prosa lo narrativo o lo discursivo; pero lo comparte como un tronco dos de sus ramas. Mis versos, a los que nunca me he atrevido a llamar versículos para no arrimarme al prestigio de lo bíblico, creo que tienen su origen más remoto en las lecturas de la maestra Teresa, quien en primero de primaria nos leía romances españoles y leyendas griegas, poesía y prosa, y nos embobaba y aquietaba con ambas. Quizá mi verso nazca de ambas lecturas, refrendadas después por Walt Whitman. Me gustaría que mis versos largos y desgarbados y tan llenos de cosas se leyeran como versos; haciendo la cesura final, abriendo apenas los labios, casi en voz baja, como yo oía, o como me parece todavía oír en mi recuerdo, a la maestra Teresa, que no necesitaba levantar la voz para que la rodeara nuestro silencio. Me gustaría que mis versos fueran como el tiempo de los jueves; un archipiélago de islas alargadas y no el continente de la prosa. No aspiro, en la esfera del oído, a que sean notariamente musicales, me gustaría que tuvieran, para citar a Eliseo Diego, "la música del significado", pero también que en su interior conviviera lo diverso, con sus diferentes sonidos y silencios, en un "tempo" más ancho y más hospitalario, capaz de reunirlos como una de esas familias numerosas, variopintas, pero no demasiado mal avenidas, bajo un emparrado.

– Tu poesía no se detiene en el pasado ni huye hacia el futuro, sino que abarca y reúne presencias. Por esto el tiempo parece que no pasa: sentimos su temblor, sus cambios de postura a través de las transparencias y opacidades del espacio y las cosas. Esta condición espacial hace que la inquietud por la fugacidad del tiempo no se exprese en minutos, horas o días, sino en el estrechamiento paulatino del espacio, en su encogido resplandor. "Esta luz" es un poema espléndido y significativo al respecto. Tu poesía, más que recordar, da la impresión de que reconstruye algo pasado o lo hace visible de nuevo, como si no hubiera desaparecido, y lo sitúa en la misma órbita del instante. Así, la memoria en tu obra es un plano oculto de la realidad, no un depósito de años inertes. Háblame de la dimensión de la memoria en tu escritura, relacionándola con el presente. ¿Es la opción por la mirada inocente, asombrada, lo que acerca la una al otro?

– La luz es mi Magdalena: cuando era niño y entraba al baño y mi padre se estaba duchando me fascinaba su piel y su cuerpo y soñaba, con los ojos abiertos, que, a imagen y semejanza, el tiempo me daría una piel similar y un cuerpo velludo. Ahora, cuando en las mañanas me baño, bajo la misma entonación de la luz y en la misma altiplanicie, a veces no veo en mí, mi cuerpo, sino su cuerpo. Esta visión es el resultado del cariño, del asombro y del tiempo.

Todos los días se reúnen para mí los dos tipos de tiempo: el tiempo que pasa y el tiempo que permanece fluyendo. *Los días descalzos* comienza con un verso donde se alude al amanecer de un día que sólo en apariencia acabará para emerger, como uno de esos ríos que hunden sus aguas debajo de la tierra, siete días después, otro en apariencia, pero el mismo en sustancia y esencia, siempre jueves, un paraíso rodeado de semana; y termina con un poema que

anuncia en su final la tarde del día y de mi vida. *Balanza de sombras,* el libro posterior a *Los días descalzos,* también comienza de mañana y termina con un poema donde se ponen en la balanza las sombras de la mañana y la tarde.

Por las mañanas el tiempo permanece y nos damos cuenta que lo que ha sido, es. Para tocar la realidad, no sólo del individuo y de la especie, sino la de la vida, debemos conjugarla toda en un tiempo presente tan largo, al menos, como la vida en el planeta; de otro modo la realidad se hace pequeña y se nos escapa como un puño de arena entre los dedos. En el recuerdo y en los sueños el pasado está presente: "Esta luz de Sevilla *es* el palacio/ donde nací con su rumor de fuente" ... "Mi infancia *son* recuerdos de un patio de Sevilla". Es el pasado apócrifo machadiano que llevamos mientras vivimos como un presente en perpetuo estado de creación y que incluye, paradójicamente, el tiempo que pasó. Por otra parte, en todas las tardes está el pasado que se llevó a las cosas y a los seres a no ser y el futuro, nuestro futuro extremo: la muerte. Ambos tiempos, las horas que pasan y las horas que permanecen, pasan y permanecen en el espacio, bajo cierta luz, en el suelo y en el aire de un día.

Tenemos varias edades: quince y sesenta, somos nuestros hijos y nuestros padres, no tenemos, según Canetti, necesariamente la edad que anuncia nuestra fecha de nacimiento. A nuestro alrededor, en una plaza, en el pavimento, coexisten varios tiempos en uno: se reúnen los niños y los ancianos, el que va a nacer, en el vientre de la madre, y el que va a morir. En el planeta coexisten despiertos y dormidos; el día en Sevilla o en Madrid, la noche en México o en Tegucigalpa: siempre, en la superficie de la tierra y en el idioma alguien está de guardia con los ojos abiertos y siempre hay alguien que descansa.

– Considero que la misión eminente de un poema es llegar hasta donde nosotros no llegaríamos sin él. Desde ese más allá del aquí y ahora, nos hace guiños, nos trae intuiciones o nos descubre aquello que no somos. En esta concepción de la escritura es donde nace tu interés por los animales o por los otros hombres. José Ángel Valente habla de la necesidad de la poesía de descubrir el tú. Mirar a los otros, ver a través del poema esos mundos subterráneos o aéreos que colindan con el nuestro pero que casi no advertimos (pienso, por ejemplo en "Alcantarillas", "Pájaros"), ¿nos ayuda a ser lo que somos o a dejar de serlo? ¿Hay en esta mirada hacia el tú un deseo de ancestralidad que nos alejaría de quien uno suele ser o sencillamente una conciencia de límites?

– Las cuatro cosas: nos ayuda a ser lo que somos, pues siempre somos más de lo que creemos ser y a ser otros; y hay un deseo de ancestralidad, como hermosamente lo dices tú y una conciencia de límites.

El mundo está habitado. Compartimos algo tan íntimo, tan inasible como es el tiempo, con otros y lo compartimos no solo con nuestros contemporáneos, sino también con nuestros ancestros: el poeta es un arqueólogo que no excava entre piedras, sino en el lenguaje, en el aire, entre palabras. ¿Cuántos, en este momento, están pronunciando para sí la palabra "yo"? ¿Cuántos la han pronunciado? ¿Cuántos la pronunciarán todavía? y en todos los labios suena diferente y en todas las mentes tiene volumen y edad, afecto y alma diferentes. A veces, un poco en broma, un poco en serio, me imagino una escuela en la que se enseñara la conjugación al revés: ellos, vosotros, nosotros, él, tú, yo. ¿Qué pasaría con estos niños? ¿Se pensarían desde afuera? ¿Serían más sabios y generosos? ¿Se volverían locos?

La superficie, el aire, el subsuelo, están habitados por seres que viven de otra manera que nosotros, pero que aunque no los percibamos viven con nosotros y nos ensanchan. Qué serían nuestros sueños y nuestra poesía, nuestra vigilia, nuestro lenguaje y nuestro cerebro, sin animales? Seríamos más pobres, no sólo en el aspecto alimenticio o en el económico, más pobres cerebralmente, menos que retrasados mentales o sentimentales: no seríamos hombres.

Quisiera acudir a dos poetas esenciales para mí: Antonio Machado y Fernando Pessoa. En consonancia con José Angel Valente, Machado escribe: "No es el yo fundamental eso que busca el poeta/ sino el tú esencial". En cambio, Pessoa dice: "El hecho divino de existir no debe asimilarse al hecho satánico de coexistir". Pero entre Machado, Juan de Mairena y Abel Martín hay menos distancia que entre Pessoa y sus heterónimos; las creaciones de Machado son Machado bajo otros nombres, no salen de su yo; las de Pessoa son verdaderos poetas independientes; cada uno con su yo radical, aislado, autosuficiente. Y, sin embargo, la poesía del sevillano está más abierta al otro que la del portugués. Para mí, como lector, sería ideal un poeta que uniera la capacidad diferenciadora, dramática de Pessoa, con la concepción y el corazón fraternal de Machado: un poeta tan rico en túes, como Pessoa en yoes.

– Los objetos y ámbitos de la niñez siempre están animados, como si estuvieran aquí. ¿Es la infancia antes que un paraíso perdido esa dimensión líquida y aérea que no acaba en la madurez, desde la que realmente se escribe la poesía?

– La poesía no sólo nos permite ser otros y ser en otras partes, sino no dejar de ser lo que fuimos, permanecer, quedarse. En la infancia todo está ani-

mado, todo está "almado" y un poema, desde mi punto de vista, para revelar el alma de lo que parece que no la posee; tiene que ir al origen, sumergirse en su torrente; Huidobro lo expresaba así: "La poesía es el vocablo virgen de todo prejuicio; el verbo creado y creador, la palabra recién nacida. Ella se desarrolla en el alba primera del mundo: su precisión no consiste en denominar la cosas, sino en no alejarse del alba". En este sentido, toda la poesía está escrita desde la infancia y la infancia es una dimensión de la existencia, necesaria y siempre presente. Pero, curiosamente, y al margen ya de mi poesía o a contrapelo de ella, desde hace algún tiempo prefiero los poemas escritos al final de la vida o en la madurez de los poetas que admiro, a no ser que sean jóvenes prematuramente viejos como Eliseo Diego o Antonio Machado, a los escritos en su juventud. En la juventud, sobre todo en una juventud saludable y voraz, sólo se está en apariencia cercano a la niñez, verdaderamente se está, por necesidad de crecimiento, de espaldas a ella. Algunos de los poemas que prefiero en este momento tienen tan sólo una punta de infancia como punto de apoyo y por lo tanto un arco temporal mayor. Están escritos desde ambos extremos de la vida, utilizando las hebras de la infancia y la vejez, tienen ese resplandor matizado de las horas vespertinas que se origina, sí, al amanecer y que llega a su colmo al mediodía, pero valorado y revivido delicadamente como con un soplo, como el que toma una cosa a punto de deshacerse entre los dedos; nos dan, además del paso del tiempo, no sólo el vigor de la infancia sino también su fragilidad.

– Tus poemas son una celebración. ¿Concibes la poesía como un modo de agradecimiento?

– En el universo este planeta es sólo un grano de arena pero, quizás, el único con vida; ser hombre

entre las formas vivas es una probabilidad minúscula, habitar este tiempo entre todos los tiempos es otra; nacer es la casualidad mayor. Concibo mi poesía como una forma de agradecimiento. Creo, con Paul Eluard, que el estar vivos es un honor. Como todo honor, es un honor inmerecido y misterioso, a este privilegio y a este misterio responde mi poesía.

– Tu poesía la recorre un temblor onírico del que se contagia la vigilia, condicionando la visión de las cosas. ¿Es el sueño una revelación, una manera de hacer más dúctil la realidad cotidiana o un punto de escape?

– Así como la infancia es una corriente que por seca que esté la superficie de la vida corre subterránea otorgando humedad a quien tiene los oídos atentos; en los sueños podemos mojarnos cada noche y si en la vigilia no nos secamos deliberadamente, en el día podemos soñar y devolverle a cada cosa su sueño. Cada cosa en el mundo tiene su alma y sus sueños y, desde luego, también sus pesadillas; no es el mismo el sueño del aire que el del fuego; no son los mismos los sueños de un árbol que los de una mesa. Bachelard, maestro en sueños, o como diría Machado "hombre en sueños", nos dice: la ley misma de la expresión poética consiste en rebasar el pensamiento"... "La imaginación es un más allá psicológico"... "En el reino de la imaginación el infinito es la región donde aquella se afirma como imaginación pura, donde está libre y sola, vencida y vencedora, orgullosa y temblando". Este reino infinito, a que se refiere Bachelard, este temblor, al que te refieres en tu pregunta, no termina al despertar, nos revela el alma de las cosas, hace más dúctil la realidad cotidiana y es un baño en la infancia, no sólo en la individual, sino en la de todas las cosas. Las cosas que miramos verdaderamente en la vigilia poseen una realidad doble: la que

les otorga ser ellas, independientes de nuestros ojos, y la que les contagia nuestra mirada, en estos momentos vigilia y sueño se funden en la vigilia y adquieren la vivacidad inventiva de las cosas soñadas.

– "1982" es antes una toma de conciencia, una reorientación en este fin de siglo que un poema de desengaño. El progreso es un derrumbe cuyo camino está cegado: "los ruidos y misterios me llenan más que la esperanza". Este poema alude a cierto proceso espiritual de la historia contemporánea, pero sobre todo confirma tu fe en las facultades de la poesía para transformar el mundo interior de cada uno. ¿Debe la poesía de hoy sobre todo dar un sentido al ahora del hombre y ayudarnos a habitar el momento?

– La conciencia aguda de la época, de lo que distingue nuestro tiempo de los otros, es experimentada sobre todo, casi como una necesidad vital de indentidad, por la juventud. Pero la época suele ser el rostro actual del tiempo, lo que tiene éste de más exterior y notable; por debajo de ella hay otro tiempo más enraizado, más lento y continuo, éste lo viven de manera más lúcida los adultos y con más naturalidad los niños. Desde este punto de vista, la poesía que subraya la juventud tiende a recalcar la época, el cambio, lo nuevo; la otra suele ser una poesía más ancha y universal.

A principios de siglo coincidió la irrupción vigorosa de una época con la juventud de sus protagonistas. Un nuevo tiempo mejor apareció como posible. "1982", el poema al que se refiere tu pregunta, surgió de la fascinación por esa época y de la conciencia de su fracaso. ¿Hacia dónde es aquí? me preguntaba en el título del libro, que lo incluye como poema final, pensando, todavía, que el aquí, todo aquí, crea una estela hacia el pasado, pero sobre todo hacia un

futuro que lo define. En "1982" me di cuenta que ese hacia dónde, que ese futuro, no sólo no era mejor, sino que no definía ni daba sentido al aquí, que el aquí tenía sentido por sí mismo, que nos tocaba enriquecerlo y que se podía vivir independientemente de la catástrofe como un sucesivo y misterioso ahora; que esta forma de vivir el presente y de enfrentarse a un futuro, no era algo particular de una época, sino la manera en que todos los que han vivido lúcidamente, han vivido su tiempo; como algo incierto e incluso acechante, pero habitable y vivible.

– "1982", basado en una cita de Vicente Huidobro es también una mirada a cierta tradición poética. ¿Qué intuiciones y recursos olvidados debería rescatar la creación poética de hoy y de qué hábitos desprenderse? Siguiendo en la órbita de "1982", ¿en que se fundaría la responsabilidad del poeta actual?

– Para Huidobro el poema era una carga eléctrica, una afirmación, un vigor y el poeta era un pequeño Dios; un creador, no subordinado a nada ni a nadie, mucho menos a la naturaleza y a la tradición. Inventor de formas autónomas, rebasaba en esto a los técnicos y a los revolucionarios de la época. Huidobro, más que nadie, representa en nuestro idioma una poesía admirable y genial, desmesurada y vertiginosa. Su poesía no nos acompaña, ni nos ayuda a habitar nuestro tiempo; no le da alma sino que con su rapidez metafórica lo despoja y lo desalma, desenmascarándolo. *Altazor* termina en la glosolalia, en la destrucción del lenguaje y, por lo tanto, en un mundo deshabitado y en un tiempo desértico.

En esa misma época, unos años antes de la publicación de *Altazor*, en 1925, en un poema de *Luna de enfrente*, titulado "Jactancia de quietud", Borges hacía una crítica a este tipo de poesía y a esta actitud,

y continuaba y restablecía la posibilidad de una poesía íntima y lenta, privada y acogedora; anacrónica, sólo en el sentido de ir más allá de la época, afincada en la tradición, no ególatra ni caprichosa. En la edición de las *Obras completas* de EMECE, en sus líneas finales, este poema dice: "Ellos son imprescindibles, únicos, merecedores del mañana/ Mi nombre es alguien y cualquiera/ Paso con lentitud como quien viene de tan lejos que no espera llegar".

Estamos viviendo el cansancio y el agotamiento de una actitud de permanente juventud y de vindicación de lo nuevo; el culto a la juventud ha sido una característica de este siglo. Creo que en los años que vienen hace falta una poesía de tempo más lento. Una poesía de la lentitud no privilegiaría ningún instante sobre los ojos, no resaltaría el instante juvenil sobre el maduro; exploraría la longevidad, el tiempo chino, canettiano, de la sobrevivencia, en un tiempo en que la sobrevivencia de la especie está en entredicho; situaría el paraíso no al principio o al final de los tiempos, sino aquí, en este tiempo; no sólo en la creación, sino también en lo recreado, en lo saboreado, en lo vivido.

Para ayudarnos a habitar este momento la poesía debe ser ella misma habitable. La época es fragmentaria, rápida, promiscua, ruidosa. La poesía puede aportar a la época continuidad, lentitud, intimidad, silencio. El poema puede ser un lugar: el poema que repetimos en la memoria, que llevamos en nuestro interior, nos ayuda a salvaguardarnos de la vorágine, del tumulto, de la promiscuidad. Esta intimidad lejos de cortar amarras con el mundo y el prójimo nos ayuda a establecer lazos más fraternales y profundos, silenciosos y musicales, menos ruidosos. Así el poema puede ser, recordando un fragmento de Guillén: "Tiempo en profundidad".

El poema crea su soledad, su silencio. Esta zona de silencio, que está representada en la página por el blanco que rodea al poema, es el origen del rostro y de la voz del poeta, es su responsabilidad. Este no debe rendirse a la superstición del resultado, de la prisa, de la cantidad, de lo lleno, que es la superstición de nuestros días: "Inocencia y no ciencia:/ para hablar, aprender a callar", decía Octavio Paz. El poeta debe ser fiel a su silencio y a su verbo, tener, como el pescador, la religión de la espera. El poeta, porque es el responsable de su voz, es el guardián del silencio.

Francisco José Cruz
Carmona y Ciudad de México,
Junio - Agosto de 1998

Federico Jiménez -1956-

Índice

HACIA DÓNDE ES AQUÍ 7
Jueves 9
Cables 11
El camello 12
Domingo 13
Martes 14
Los paisajes hundidos 15
1982 16

LOS DÍAS DESCALZOS 17
Viaje 19
Fútbol 20
Perros 21
Gatos 22
Glorieta 23
Alcantarillas 24
Restorán 25
Anciano 26
La casa vendida 27
Sobremesa 28

BALANZA DE SOMBRAS 29
De mañana 31
Vecinos 33
A lápiz 35
Los tímidos 36
Javier 37
Pájaros 38
Esta luz 40

INÉDITOS 41
Humo 43
El quieto 45

Algunas preguntas a Antonio Deltoro 49

Índice de Ilustraciones

Portada
Escena de domador y animal fabuloso
Tinta china y lápices de color
sobre cartulina recortada,
373 x 290 mm. hacia 1929.
Col. Ángel del Río,
Nueva York.

Pág. 48
Dragoncillo de tres cabezas
Tinta sobre papel,
210 x 158 mm.
Sin firmar.
Casa-Museo Federico García Lorca
Fuente Vaqueros (Granada).

Pág. 68
Llanto de un gitano por
Ignacio Sánchez Mejías
Tinta sobre segunda hoja del
manuscrito, del Llanto por
Ignacio Sánchez Mejías,
regalado a José María de Cossío,
215 x 155 mm.
Col. José María de Cossío,
Casona de Tudanca (Santander).

Se dio fin a la impresión
en la milenaria ciudad de Carmona
el día 30 de Noviembre de 1998.

Colección PALIMPSESTO

TÍTULOS PUBLICADOS

1. Albano Martins
   VERTICAL EL DESEO
   Traducción de Agustín María García López

2. José Juan Tablada
   UN DÍA... EL JARRO DE FLORES
   Introducción de Agustín María García López

3. Antonio Porchia
   VOCES
   Selección de Francisco José Cruz
   Texto preliminar de Roberto Juarroz

4. Roberto Juarroz
   POESÍA VERTICAL. DIECISÉIS POEMAS
   Estudio preliminar de Laura Cerrato
   Epílogo de Jorge Rodríguez Padrón

5. Eugenio Montejo
   ADIOS AL SIGLO XX.
   PRECEDIDO DE EL TALLER BLANCO
   Entrevista de Floriano Martins

6. Javier Sologuren
   POEMAS
   Prólogo de Jorge Rodríguez Padrón

7. Juan Sánchez Peláez
   AIRE SOBRE EL AIRE

8. Antonio Ramos Rosa
   EL ARCO DE HOJAS
   Traducción y entrevista de Eugenio Montejo

9. Guillermo Sucre
   LA SEGUNDA VERSIÓN

10. Rafael Guillén
    DOCE POEMAS CARDINALES

11. POESÍA DE LA INTEMPERIE
    Selección poética de letras flamencas
    Edición de Francisco José Cruz

12. Roberto Juarroz
    DECIMOCUARTA POESÍA VERTICAL.
    QUINCE POEMAS
    Prólogo de Laura Cerrato

13. Fabio Morábito
    EL BUSCADOR DE SOMBRA
    Entrevista de Francisco José Cruz

14. Antonio Deltoro
    POEMAS EN UNA BALANZA
    Selección y entrevista de Francisco José Cruz

Toda mi vida he intentado hacer una poesía que en forma íntima y cada día en voz más baja acoja la maravilla del mundo. [...] Mis versos me parecen, a veces, largos puentes entre la intimidad y la intemperie, por los que dialogan seres y cosas de ambas orillas y que, como todos los puentes, no pertenecen por entero a ninguno de los extremos. Con frecuencia pienso que se asemejan a un sueño recurrente: un río tropical ancho y caudaloso que penetra por mi ciudad inundando sus calles. En él se alían mi naturaleza matutina con la vespertina, la intempérica e iluminada, con la cargada de tiempo, de habitaciones, y de ciudad; mi timidez con mi apetito voraz. [...] Creo que en este río, en donde se pierden los límites entre lo interior y lo exterior está la matriz de mis versos. Vivo en una ciudad edificada sobre un lago, en la que los ríos que nutrían a éste, todavía corren enterrados por sus calles y avenidas. En épocas de lluvia reviven y los oigo debajo de la cama, entre los sueños, entonces mis versos se ensanchan y se alargan contagiados por tanta abundancia y humedad; en época de secas se encogen, sobreviven afónicos, sedientos, pero se hacen menos sustanciales y más esenciales: fluctúo entre el idioma del río y la jerga del arroyo.

Antonio Deltoro

Excmo. Ayuntamiento de Carmona

14

COLECCIÓN PALIMPSESTO